



ADMINISTRACIÓN:

RONDA DE S. ANTONIO 64, 4.º, 1.ª

BARCELONA

APARTADO DE CORREOS:

Núm. 147

DIRECTOR POLÍTICO:

D. FRANCISCO DE P. OLLER

REVISTA POLÍTICO-MILITAR ILUSTRADA

DIRECTOR ARTÍSTICO:

D. PACIANO ROSS

COLABORADORES

Excmo. Sr. D. Hermenegildo Díaz de Cevallos.

Excmo. Sr. Marqués de Valde-Espina.

Excmo. Sr. Barón de Bretauville.

Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.

Excmo. Sr. Barón de Sangarrén.

D. Antonio Brea.

Excmo. Sr. Marqués de Tamarit.

D. Joaquín J. Llorens Fernández de Córdova.

D. Juan Vidal de Llobatera.

D. Ramón Vila y Colomer.

D. Tirso de Olazabal.

D. José Luís Ortiz de Zárate.

D. Reynaldo Brea.



Leopoldo

RECUERDOS DE ANTAÑO

HERMOSA carrera la de las armas! ¡Feliz vida la de campaña! ¡Y muerte envidiable la que se obtiene en los campos de la guerra luchando por la Religión, por la Patria y por el Rey!

Penalidades sin cuento ofrece la vida de los campamentos, pero ninguna otra tiene tantas compensaciones.

En la paz no estimamos el gozar porque no conocemos el sufrir.

Las marchas penosas y las privaciones continuas; el despertar en los comienzos del sueño para nuevamente recorrer distancias inmensas en busca de aventuras ignotas y á veces de descabros imprevisos; el hambre y la sed, la fatiga y el sueño; he ahí el cotidiano vivir del soldado en la guerra, vida que le hace desear el encuentro con enemigas fuerzas á trueque de lograr, en los momentos de descanso que pueden preceder á los de la muerte, una compensación á fatigas tantas y sufrimientos tan continuados, tan repetidos y á pesar de esto con gusto soporados.

Mientras corre, no vence; caminando, no lucha, por más que al fin de la jornada puede alcanzar la meta de sus deseos, la victoria sobre el tenaz enemigo.

Cesan por un momento esas penalidades que sólo alcanza á comprender el que pasó por ellas, y el soldado se imagina descansar cuando realmente emprende el trabajo más rudo, más penoso y más expuesto; el de ser víctima del plomo y del hierro enemigo.

Si para el militar puede la lucha con el adversario servir de descanso, ¿con qué fruición no disfrutará los contados días, las horas, tal vez, en que logra quietud sin movimiento y descanso sin lucha? ¡Entonces alcanza á comprender el valor del sufrimiento! ¡En esos momentos de paz y quietud relativas compara, y sin que su alojamiento llegue á ser cómodo, ni succulentos los manjares, ni sitio de recreo el en que reposa se siente poseído de dicha tan grande, que da por bien empleado el anterior sufrir que le proporcionó momentos de tan puro y placentero goce.

Es feliz el soldado en vísperas de una batalla, enardecido con la esperanza del triunfo; si no lo alcanza se resigna y confía en el desquite, y si la suerte de las armas le fué próspera, se siente capaz de emprender y llevar á feliz término toda suerte de heroicidades, hazañas y proezas.

Niños, muy niños, éramos aun, como

que apenas contábamos catorce años, y por vez tercera abandonábamos el paterno hogar para correr en busca de los soldados que en las montañas del Principado defendían la bandera de Dios, de España y de Don Carlos.

Habíamos aprendido á ser carlistas, y no conocíamos el Credo carlista... pero sabíamos prácticamente de lo que eran capaces los liberales.

Vivíamos en ciudad populosa, teatro un día de sangrienta hecatombe que recuerdan con horror las personas sensatas; nos constaba que aquel sacrilegio era obra liberal consumada por las masas contando con la aquiescencia de un gobierno liberal. Se nos habían referido escenas de sangre que jamás olvidaremos. Diariamente presenciábamos atropellos cometidos por liberales contra personas religiosas y contra individualidades á quienes se juzgaba afines á los carlistas; en nuestro propio hogar, allanado por turba armada, pudimos comprender, á pesar de nuestra corta edad, de lo que eran capaces los que á grito pelado ofrecían libertad y tolerancia; no recordamos, en fin, que jamás se nos dijera «sé carlista,» pero sí sabemos muy bien que los hechos y nuestra conciencia nos aconsejaban á rechazar todo lo liberal... Comenzamos, pues, por ser enemigos de esa mentida libertad del presente siglo, y acabamos por amar con amor entrañable, con ardiente entusiasmo á los que con las armas combatían la libertad que no respetaba derechos, haciendas ni vidas. Y de la admiración al deseo de secundarles y de vivir la misma vida que ellos, respirando una atmósfera más sana que la que nos rodeaba en la capital, no había más que un paso, y ese paso le dimos burlando vigilancias constantes, desoyendo amonestaciones cariñosas y no atendiendo consejos de quien, si no se arrepentía de habernos enseñado á odiar el Liberalismo, sentíase afligido al imaginarnos sujetos á privaciones y fatigas superiores á nuestras fuerzas.

Benditas enseñanzas las que tales ideas nos inculcaron, y bendito nuestro impremeditado proceder, que nos permite hoy exclamar orgullosos, al recordar las valerosas empresas acometidas por los defensores de la causa tradicionalista: nosotros, aunque mínima, tomamos parte en ellas. Faltónos el esfuerzo, pero no la voluntad. No realizamos proezas, es verdad, pero jamás abandonamos, en nuestros dos años de campaña, el puesto que nuestros jefes tuvieron á bien asignarnos. Héroe

no fuimos, mas tampoco traidores ni cobardes.

Corría el mes de Agosto de 1874.

Servíamos á las órdenes del valeroso y lealísimo jefe del Cuerpo de Ingenieros, el hoy Coronel D. Luis de Mas.

Jamás olvidaremos ese período de nuestra vida militar, porque durante él experimentamos una de las felicidades más gratas de nuestra vida. Recordamos aún con emoción el efecto que en nosotros produjo la noticia de haber caído en poder de las fuerzas carlistas la plaza y fuertes de la Seo de Urgel. Victoria importante, presa de valor inestimable fué la alcanzada; pero á nosotros se nos antojó de más importancia que para los rusos lo fué la de Plewna. Y nos sentimos felices y entusiasmados, cual si hubiésemos contribuido con nuestro esfuerzo á la realización de aquella hazaña.

Pero si no alcanzamos la honra de encontrarnos en la conquista de la Seo de Urgel, obtuvimos la no menos preciada de contribuir á su defensa un año después, con ocasión del sitio de cuarenta días que sostuvo contra el ejército liberal.

Formábamos entonces en el 4.º batallón de Lérida, al mando del bravo Comandante D. Ceferino Escolá.

Pero no adelantemos los sucesos.

Pensamos dedicar algún escrito á referir los hechos más salientes ocurridos durante el sitio, y, en el presente nos hemos de limitar á hacer ligeras consideraciones acerca la importancia de la conquista llevada á feliz término por unos pocos decididos voluntarios carlistas.

El episodio que hoy publicamos, debido á la pluma del soldado escritor D. Francisco Hernando, da idea muy cabal de aquella empresa.

Nuestro objetivo se reduce, pues, á ampliar con algunos otros detalles la bellísima reseña del autor de *La Campaña Carlísta*.

Dejamos dicho en una obrita nuestra publicada hace cuatro años (1) que es rara casualidad, digna de ser tenida en cuenta, la de que todo hecho de armas que resultase favorable á los carlistas perdía por este solo motivo su mérito, pues, según el criterio de la prensa liberal, si los carlistas obtenían una victoria, era ó por descuido de los jefes de las fuerzas enemigas, ó por abrumadora superioridad en el número, ó bien, y esto era lo más frecuentemente supuesto, por traición. Conceder á los jefes carlistas

talentos militares y conocimientos estratégicos, y á sus huestes organización y valor, no era cosa de esperar de los que reservan para los suyos las dotes todas que debe reunir un buen general ó ha de poseer un soldado para ser calificados de excelentes.

Que los carlistas pierden, ¡oh! entonces, así sean éstos cien y los enemigos dos mil, es cuestión de atronar los espacios con los cantos entonados en loor de los dos mil *héroes*, ante cuya fuerza avasalladora ¡cómo no! viéronse, precisados á huir los voluntarios carlistas. Pero en este caso, nótese bien, como por ensalmo brotan cañones, surgen caballos y resucitan hombres que hagan numerosa la hueste derrotada, y tan campantes los buenos de los liberales se permiten el lujo de haber derrotado á numerosa legión de voluntarios carlistas «á pesar de su admirable organización, de la pericia de sus jefes y valor de los soldados, y no obstante la excelencia del armamento, que era de lo más flamante, de los muchos cañones de que disponían y de la brillante y aguerrida caballería, que también fué arrollada.» Todo esto solía pasar, precisamente, al siguiente día de haberse con seriedad (!) afirmado que los *facciosos* en armas eran cuatro sacristanes, mal armados y peor disciplinados, sin concedérseles un sólo caballo ni un mal cañón. A más se atrevía aún la prensa liberal, que era á suponer derrotados ó muertos en solos ocho días triple número de carlistas de los que jamás concediera que había en armas.

Personas hay que parece cual si juzgaran imposible que por su propio saber y valer pudieran los carlistas haber salido victoriosos en acción alguna de guerra. Ni en Mañaria, ni en Montejurra, ni en Somorrostro, ni en Alpens, ni en Berga, ni en Castellfullit, ni en Igualada, ni en Vich; como tampoco en Cuenca, en Molins de Rey, en la Seo de Urgel, en Lácara y en otros tantos puntos de gloriosa recordación para los fieles defensores de Don Carlos, hicieron éstos prodigios de valor y supieron conquistar un lauro con exposición de sus preciosas vidas.

Para determinados individuos, la derrota de Moriones, que paladinamente confesó este general en un expresivo telegrama, no fué tal derrota; ni Cabrinety fué vencido en noble lid en Alpens; ni el copo completo de la columna de Nouvilas revelaba en los carlistas más que fortuna, ó acaso traición en ese jefe; ni la muerte del general Concha con la dispersión y derrota de sus tropas era un hecho de guerra

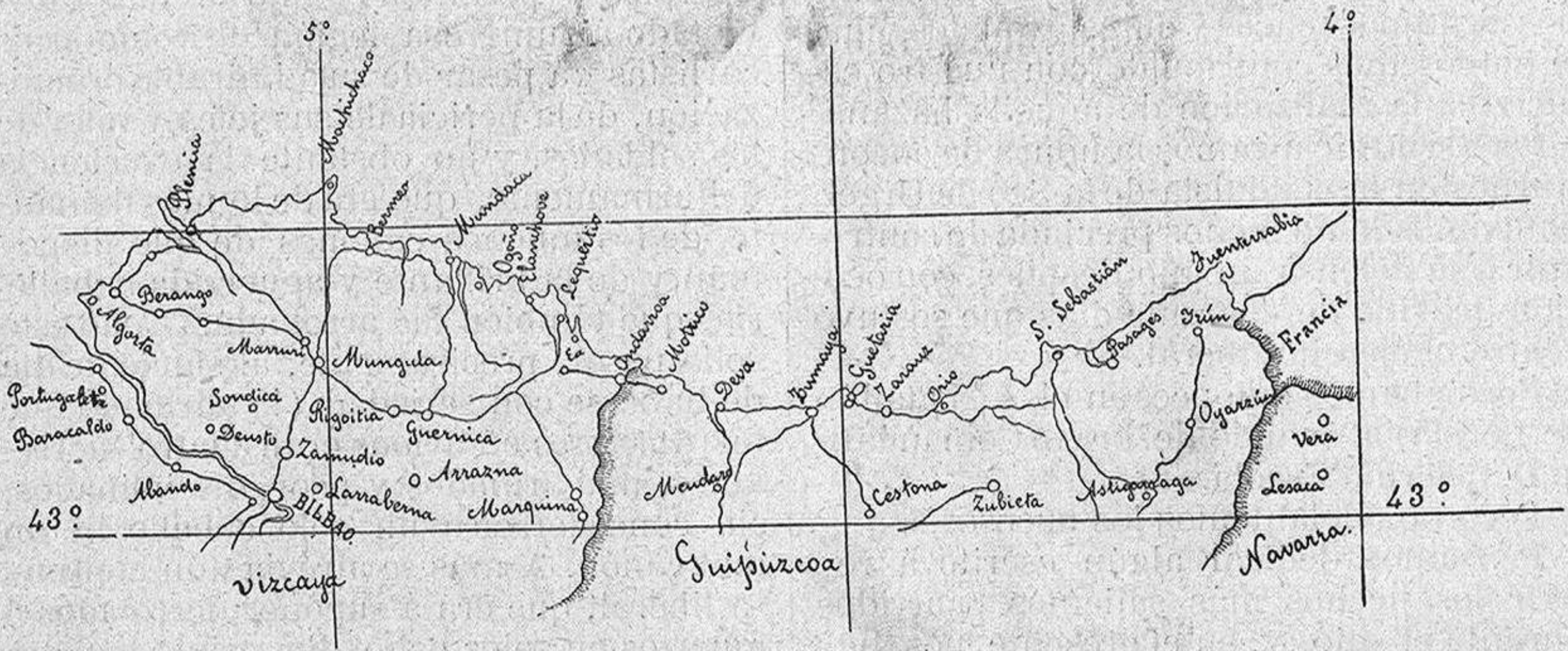
(1) *La España Carlísta*. Tomo I.

favorable á Don Carlos; ni lo fué tampoco el desastre de Lácar, en que estuvo próximo á ser cogido prisionero el entonces Jefe constitucional del Estado, Don Alfonso; ni, en fin, los carlistas se hubieran apoderado de la Seo de Urgel, á no mediar la traición por parte del gobernador de la plaza.

Cuando en Agosto de 1874, se lee en nuestro mencionado libro, se corrió por España la que el Sr. Botella califica de «infausta noticia de la rendición de la Seo de Urgel,» se creyó que la traición había abierto las puertas de las fortalezas á los batallones carlistas, pero nada más distante de la verdad que tal aserto, por más que el escritor que acabamos de nombrar

afirme que se «supo con exactitud» que la Seo de Urgel se había rendido por traición.

Los que tal creyeron y acaso lo crean aún hoy, son los que sistemáticamente niegan á los carlistas las dotes de inteligencia, valor y acierto que pueden poseer por lo menos en igual grado que sus contrarios; no así los que estudian imparcialmente los hechos, ni el que hubiere visitado once años atrás la ciudadela, que es el fuerte principal de la Seo de Urgel, cuya conquista, como se lee en los *Anales de la Guerra Civil*, tomo II, pág. 763, «fué un ardid de guerra muy común en las de todos los países, y que fué coronado por un éxito completo, sin duda porque fué bien urdido y admirablemente ejecutado por los que en



Plano de la costa cantábrica

él tomaron parte. La Seo de Urgel, considerada como plaza fuerte de la alta montaña de Cataluña, había representado un importante papel, así en la guerra de 1820 y 23 como en las posteriores, y si maravilló tanto su sorpresa, fué particularmente por los escasos recursos de que disponían los sitiadores.»

La toma de Seo de Urgel facilitó la guerra en Cataluña, como un día la facilitaron la de Morella en el Centro y la de Estella en el Norte.

La posesión de aquella plaza proporcionó á nuestras armas, además del considerable acopio de pertrechos de guerra, de que hacemos mérito más abajo, el establecimiento de un buen Hospital militar, el del Colegio de Cadetes, que estuvo anteriormente en Besora y en Vidreras, el de una imprenta, en que se publicaba *El Cuartel General*, el de depósito de prisioneros y el de una excelente fábrica de municiones.

Emprendiéronse desde luego las obras

de fortificación para prevenir un ataque del enemigo, obras que por la perentoriedad del tiempo de que se pudo disponer, redujéronse á la apertura de zanjas para el fuego de fusilería y á la reparación de trincheras de la Torre de Solsona y de la lengua de sierpe, de la Ciudadela.

Se trató de establecer una batería en la llamada *Serra del corb* (1), que domina dicho fuerte, y que, por tanto, nos interesaba conservar en caso de sitio, pero no llegaron á realizarse en él otras obras que las de apertura de zanjas.

Los dos cañones Krupp de ocho centímetros cogidos en la entrada de Vich, fueron trasladados á la Ciudadela; y prestaron excelente servicio contra el enemigo.

Con la conquista de Seo de Urgel, pasaron á poder nuestro los siguientes pertrechos y útiles de guerra:

(1) Sierra del cuervo.

Cañones de 15 cm. lisos.	6	Morteros de 24.	3
» de 8, 10, 12 y 13.	30	» de 21.	1
Obuses cortos de 16.	6	TOTAL.	48
Morteros de 27.	2		



VOLUNTARIOS CARLISTAS VIZCAINOS

<i>Cureñas y afustes</i>	
De cañón de montaña.	2
De plaza (inglesas).	1
De cañón de 15 centímetros.	4
De cañones de 10, 12 y 13.	3
Del sistema Gribeaubal.	1
De obuses de 16.	18
De diferentes modelos.	2
Afustes de morteros de 27.	2

<i>Juegos de armas</i>	
Atacadores.	47
Escobillones.	26
Espeques herrados.	24
» sin herrar.	135

<i>Proyectiles</i>	
Balas de cañón.	17.160
Bombas	143

Granadas	3,593
Botes de metralla.	910
Balas de fusil antiguo	17,000
<i>Espoletas</i>	
Para bombas.	187
» granadas.	1,240
» » de mano.	2,500
<i>Pólvora y cartuchería</i>	
	Kilógramos
Pólvora de cañón.	18,786
» de fusil.	14,117
Cartuchos de cañón y obús.	264
» de fusil antiguo.	129,169
» » rayado.	177,000
» metálicos de fusil Berdán.	150,680
Piedras de chispa.	65,000
Cápsulas.	137,412
<i>Artificios</i>	
Mecha.	2,684
Balas de iluminación.	12
Faginas embreadas.	160
Cohetes de señales.	28
Hachas de contraviento.	69
Camisas embreadas.	12
Carcasas.	23
Azufre.	449
Salitre.	314

Las consideraciones expuestas y la lista de efectos tomados al enemigo demuestran cumplidamente, como se lee en el tomo X de la publicación oficial del Gobierno, *Narración militar de la guerra carlista*, que fué de gran trascendencia la entrada de los carlistas en Seo de Urgel, no sólo por lo mucho que este hecho nos alentó y el mal efecto que produjo en el elemento liberal, sino también porque en lo adelante dispondríamos de un numeroso material de guerra é íbamos á reportar notables ventajas.

Tanto es así, que no cabe negar que si alguno de los jefes carlistas del Principado que miró con punible desdén las operaciones de los generales Martínez Campos y Jovellar realizadas un año después contra los carlistas sitiados, hubiese secundado al General Castells, no sólo no se hubieran rendido á los ejércitos liberales los fuertes de Seo de Urgel, sino que las huestes alfonsinas hubieran tenido que desistir de sus propósitos, levantando un sitio que les fué costosísimo sostener.

F. DE P. O.

LA DEFENSA DE LAS COSTAS

NADA menos que 874 granadas de diferentes calibres, pero no inferiores á las de 12 centímetros, había arrojado la Escuadra sobre los indefen-

sos puertos carlistas de la Costa cantábrica antes de 1875. Decíase por entonces que el motivo de tan inusitada saña tenía visos de ser un castigo impuesto por el Gobierno liberal por haber desembarcado en ellos multitud de fusiles, cartuchos, cañones y montajes; otros atribuíanlo al deseo de rebajar el espíritu carlista de los habitantes de aquellos pequeños pueblos, al verse sin defensa en sus propiedades y familias, y otros, por último, pensaban que era un desquite de los liberales ante el bloqueo y cañoneo de sus capitales. Sea de esto lo que quiera, el Comandante general de Artillería ordenó á los Jefes del arma en Guipúzcoa y Vizcaya que construyeran baterías defensivas á lo largo de la costa, eligiendo antes los puntos más convenientes, para ser artillados después con todas las bocas de fuego disponibles del tren de sitio, entre las cuales se contaban 2 vavasseur de 9 y medio centímetros, 8 woolwich y 4 withworth de 7 y medio centímetros y algunos cañones de bronce rayados, largos, de 12 centímetros.

Eligiéronse en su consecuencia las mejores posiciones para defender en Guipúzcoa los puertos de Motrico, Deva, y Zarauz: se construyeron por los Ingenieros carlistas las Baterías correspondientes: se artillaron con dos ó tres cañones cada una, y se pusieron á las órdenes de los Oficiales de campaña procedentes de la Academia de Azpeitia, bajo la inspección y dirección de un Jefe facultativo de Artillería. Desde entonces la Escuadra no encontró del todo indefensas las Costas de Guipúzcoa, pues ya tenían enemigos siquiera que les hicieran frente y no dejaran impunes sus bombardeos. Y eso que la Artillería de mar, no podía compararse ni en número ni en calibre con la Carlista, pues sabido es que el mayor de éstos era inferior al menor de aquellos.

Nombróse también otro Jefe para Vizcaya, el cual, previo acuerdo con el Comandante general de Marina, Brigadier Anrich, eligió posiciones en Bermeo, Mundaca, Elanchove y Lequeitio, construyó con sus artilleros las baterías, aprovechándose de los accidentes del terreno; unas comunes,

pero del espesor suficiente para recibir los formidables disparos de la Escuadra y otras enterradas como la última. La de Bermeo se construyó á la izquierda del pueblo, así como la de Mundaca, casi rasantes, y las otras á la derecha y algo elevadas sobre el nivel del mar. Túvose, también, cuidado de revestir las baterías y de hacer repuestos de municiones, hallándose prontas para romper el fuego, en el momento que la Escuadra liberal se pusiera á tiro de sus cañones: el Jefe de la artillería se situó en Guernica para acudir donde fuera necesario.

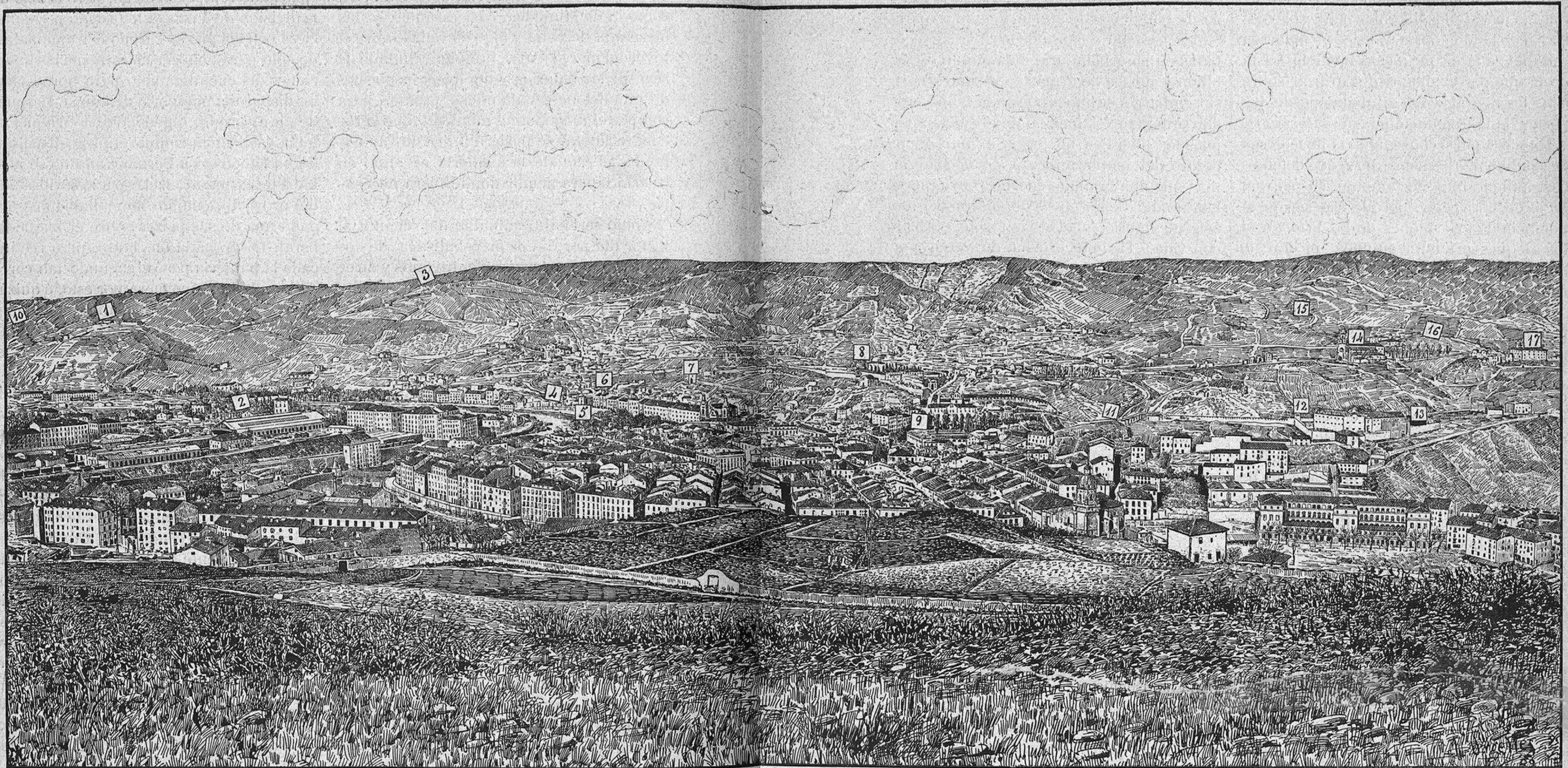
Como sería interminable dar cuenta al lector día por día de la estadística de los disparos que se cruzaron entre unos y otros hasta la terminación de la guerra, nos limitaremos á citar en conjunto los que recibieron los pueblos, por más de que fueran muy contados los que arrojaron los buques de madera, desde el momento en que ya no podían ofenderlos á mansalva.

En apoyo de esta opinión, puede asegurarse el que suscribe, por haberlo presenciado, que el día en que se estrenó la Batería de Mundaca, fué el último en que barcos no blindados se acercaron á las Costas enemigas. Serían como las once de la mañana del día 4 de Julio de 1875. La Batería de Mundaca estaba construida en el intervalo que media entre este pueblo y el de Bermeo en un saliente de la costa ó sea en la punta de Lamiaran y en medio, por consiguiente, de las dos ensenadas en que se hallan dichos puertos. El día era claro y despejado y la *Consuelo* ó el *Fernando el Católico* (que no recordamos bien cuál de los dos fuera) venía doblando el cabo de Ogoño pero muy á larga distancia, recelando sin duda por las noticias que habían anticipado los periódicos, que las defensas de Vizcaya pudieran estar terminadas. Pasó, pues, pero acortando su andar por frente de Mundaca: de pronto viró á su izquierda y rebasando la batería, vino á acoderarse, moderando su andar, en el golfo de Bermeo, con intención manifiesta de ofender á este pueblo. (Véase la pág. 68). Como la Batería de Bermeo no estaba artillada todavía, tocóle á la de Mundaca demostrar que no dejaría

impune la provocación. El Alférez Bonet, que mandaba la Batería compuesta de 2 cañones withworth, tenía la natural impaciencia de romper el fuego, pero el Jefe de la división de Vizcaya le ordenó permaneciese con las piezas cargadas y apuntadas, no sólo para conocer claramente las intenciones del enemigo, sino para aprovechar los disparos á más corta distancia. Después de un intervalo, que denotaba en aquél alguna vacilación, rompió el fuego disparando un cañonazo á Bermeo: aún no se acababa de extinguir en el espacio la vibración del proyectil, cuando Bonet había descargado una de sus piezas sobre el buque liberal. La granada fué larga, pero rectificada la puntería pasó el segundo tan cerca de la cubierta, que fuera por esto, ó quizás porque el barco no tendría más intenciones que las de cerciorarse del establecimiento de las Baterías carlistas de Vizcaya, es el caso que inmediatamente viró de bordo y se alejó de una manera tan rápida para ponerse fuera de alcance, que en un breve espacio de tiempo pudo conseguir su deseo, no sin que le alcanzara el quinto disparo en una de sus bordas, pues desde tierra se vió perfectamente la abertura producida por la granada. Desde entonces, únicamente el *Fernando el Católico* osó ponerse en frente de las Baterías carlistas un día, el 22 de Julio ante Lequeitio, por que la *Vitoria*, fragata blindada y el primer barco de la Nación, fué la sola que se aventuró á lanzar sus proyectiles contra los pueblos carlistas, amparada en su corteza de acero.

El 24 de Mayo había sido un día de luto para el ejército liberal. La Batería de Motrico dirigió sus disparos en legítima defensa contra el *Ferrolano*, la goleta *Africa* y el *Colón*, en cuyo puente se hallaba el Jefe de la Escuadra Brigadier Barcaiztegui. Con decir que la granada carlista reventó sobre el cuerpo de éste y que el *Ferrolano* recibió otra avería grave bajo su línea de flotación, dicho se está que los tres barcos regresaron á guarecerse en San Sebastián, encargándose la *Vitoria* del castigo de los pueblos carlistas de la costa, á excepción sólo de los días 21 y 22 de

EL ESTANDARTE REAL



VISTA PANORAMICA DE BILBAO.—SITIO DE 1874

- 1 — Batería carlista de morteros, de Casamonte.
- 2 — Batería de la Estación (de la Plaza).
- 3 — Batería carlista de morteros, de Pichón.
- 4 — Fuerte de San Agustín (de la Plaza).
- 5 — Batería de la Muerte (id., id.).
- 6 — Batería del Diente (id., id.).

- 7 — Batería del Choritoque (de la Plaza).
- 8 — Fuerte de Mallona (id., id.).
- 9 — Parque de Ingenieros.
- 10 — Batería carlista de morteros, de Quintana.
- 11 — Batería de Solocoeche (de la Plaza).
- 12 — Batería de Larrinaga (id., id.).

- 13 — Cárcel y fuerte de Larrinaga (de la Plaza).
- 14 — Iglesia de Begaña ocupada por un destacamento de la Guardia foral.
- 15 — Batería carlista de cañones (Cadena vieja).
- 16 — Batería carlista de cañones (Artagán).
- 17 — Batería carlista de cañones, de Santa Mónica.

Junio en que respectivamente lanzaron la *Consuelo* y el *Ferrolano* 82 y 50 proyectiles sobre Bermeo y Lequeitio.

Desde aquella citada fecha se recrudecieron las agresiones liberales contra las costas, arreciando contra Motrico y Ondarroa con una saña de que no hay ejemplo; basta decir que por lo menos dispararon sobre ellas los liberales 495 granadas desde las portas de la fragata blindada *Vitoria* (1).

Habíase, pues, conseguido el justo deseo de los pueblos carlistas, pues que defendidas, aunque imperfectamente, sus costas, hiciéronse respetar, porque á pesar de la potencia de los cañones de la *Vitoria*, ni los ataques era tan continuos, ni el resto de la Escuadra se dedicaba á cañonearlos como anteriormente.

Otro día tocóle á Lequeitio imponer respeto á la misma *Vitoria* desde las cañoneras de su batería.

Era ésta una de las mejor construídas de la costa: su forma era circular y hallábase situada en la cúspide del cerro de Licoalarra situado á la derecha de la población: disponía de 2 cañones woolwich y la mandaba el Teniente de la Academia de Artillería Torres Ubago. Era el 18 de Agosto, y á eso de las cinco de la tarde apareció la *Vitoria* que venía de San Sebastián, pasó á toda máquina por delante de la Batería y amparándose del islote San Nicolás que ocupa casi el centro de bahía, desenfiliado de los fuegos de la Batería carlista, rompió el suyo sobre la iglesia y los palacios de Calle Abaroa y otros, como de costumbre en días anteriores. El Teniente carlista afinó bien sus punterías y logró á los pocos disparos introducir una granada en el momento de abrirse una de las portas de la *Vitoria*, porque es de advertir que desde que se artillaron las Baterías contrarias, desaparecía de cubierta todo el equipaje y era difícil en extremo acertar en el reducido blanco de las portas al abrirse. La granada carlista, pues, reventó dentro de la Batería enemiga, de cuyas resultas queda-

ron heridos dos oficiales y algunos marineros. En aquel momento giró rápidamente la *Vitoria* y colocándose frente á la Batería enemiga, descargó sobre ella toda la tanda de babor y salió á toda máquina para San Sebastián, á causa de las averías recibidas en su arboladura, dejando un escobillón y juegos de armas en el mar. Dios, sin embargo, se había puesto la boina, según antigua exclamación de los navarros, pues los liberales no lograron introducir dentro del emplazamiento de la Batería más que una granada enorme, cuya espoleta no dió fuego, pues de no haber sido así, no habría quedado un solo carlista con vida. Tuvimos ocasión de verla, por haber presenciado el combate, yendo á felicitar al Teniente Ubago y nombrándole Capitán en nombre del R. por su serenidad, valor y puntería. Al descender al pueblo, recibió una ovación indescriptible el Teniente carlista, pues el hecho de armas fué un verdadero duelo entre una batería de 2 cañones y otra de 69.

Otros días también, el 31 de Agosto y el 6 de Septiembre último, en que se cruzaron proyectiles entre los carlistas y liberales, las Baterías de Bermeo y Ondarroa hirieron á un Oficial y sargento destrozando un camarote de la *Vitoria* la 1.^a y ocasionando desperfectos la 2.^a, sin contar con que con el *Fernando el Católico* fué alcanzado al entrar en Pasages por la Batería de San Marcos, ocasionándole 2 muertos y 4 heridos.

Convenciéronse al fin los liberales que nada conseguían con arrojar granadas y destruir pueblos, y cesaron en prolongar un estado de cosas sin resultado positivo alguno. Muy al principio, en vida del heróico Brigadier Barcaiztegui (que no por enemigo habíamosle de negar su pericia y valentía) le hubo de hacer presente su antiguo compañero, el Brigadier liberal Anrich, la inutilidad de los bombardeos; su elocuente respuesta demostraba bien á las claras cuán á su pesar se veía obligado á obedecer al Gobierno de Madrid. Su contestación terminaba diciendo que, «sus deberes militares le impedían obedecer sus impulsos humanitarios y que en tanto que no le au-

(1) El total de disparos arrojados por la *Vitoria* á Bermeo, Mundaca, Elanchove, Lequeitio, Ondarroa, Motrico, Zarauz y Deva fué de 1,207 y el de la *Consuelo* y *Fernando el Católico* á Bermeo y Lequeitio, de 132.

torizase el Gobierno, no podía cambiar las instrucciones dadas á los Comandantes de los buques.»

Descanse en paz el ilustre marino.

A. B. G.

ESTUDIOS MILITARES

EL ÚLTIMO SITIO DE BILBAO

I

En marcha para la villa.—La opinión de un General carlista.
—Ojeada sobre sitiados y sitiadores.

Todo cuanto aconteció al Ejército carlista en su empeño sobre Bilbao, fué previsto por su General D. Nicolás Ollo. Veterano de la primera Guerra civil, donde había militado como voluntario, nos recordaba pasados sucesos, que para nosotros tenían el encanto de ser referidos por un testigo presencial y que entretenían, instruyéndonos, nuestras, pesadas marchas.

Era el General, hombre de elevada estatura, de marcial y simpático continente, incansable á caballo, rígido ordenancista y al mismo tiempo tan benévolo con sus inferiores, que no se desdeñaba de oír pacientemente los proyectos más ó menos razonables ó ilusorios de sus subordinados. Tenía, como se dice vulgarmente en la milicia, un ojo táctico de primer orden (díganlo Velabieta y la Acción de Somorrostro contra el General Moriones), creciéndose en las dificultades y peligros.

Unas veces nos refería su entrada en territorio navarro, seguido de solos 27 hombres: otras veces la organización de su querido primer Batallón de Navarra; otras, sus marchas y contramarchas por las Amézcoas, burlando á veces hasta cinco columnas enemigas, otras nos refería las peripecias de la última Guerra civil, explicándonos sobre el terreno las posiciones de cristinos y carlistas en las famosas batallas del Puente de Arguijas y Arlabán, ó las divergencias ocurridas entre Eguía y Villarreal, Uranga y Maroto, ó recordaba episodios de la Guerra de Africa, donde dignamente figuró Ollo. ¡Quién había de decir, al oír sus animadas narraciones, que al marchar con sus batallones al sitio de Bilbao, iba en busca de su muerte!

Pero no divaguemos. Era una mañana fría y despejada del mes de Enero. En cumplimiento de órdenes emanadas del General en Jefe interino Dorregaray, habíamos pernoctado en Santa Cruz de Cam-

pezu y nos dirigíamos á Vizcaya los Batallones 1.º, 2.º, 3.º y 6.º de Navarra que respectivamente mandaban D. Eusebio Rodríguez (que fué después Comandante General de Guipúzcoa), Radica, el bravo y modestísimo organizador del 2.º; Simón de Montoya, distinguido Jefe del ejército y D. Juan Joldi. Estos tres últimos también lograron con el tiempo ascender á Comandantes Generales de Navarra. Asimismo, acompañaban á los Batallones las cuatro piezas de montaña, al mando del su valiente y entendido Jefe Reyero.

Dijimos al comienzo de estos apuntes, que el General carlista había previsto, casi con detalles, todo cuanto luego nos sucedió. Y razonando sobre la empresa, decía así: «Mucho he pensado en el asunto; quizás desde el principio de esta campaña veía acercarse este momento con temor, y como yo soy muy franco y muy navarro, voy á explicar mi pensamiento.

Únicamente la lealtad debida á mi R. y el imperioso deber de viejo soldado, puede hacer que contribuya á un empeño militar de esta índole. Ante la plaza se han estrellado siempre las fuerzas carlistas. En esta segunda guerra era siempre de temer que siguiéramos las huellas de la primera. ¿Cómo no, si todavía vivimos muchos de aquella época? No alcanzo las ventajas morales y materiales que su conquista nos proporcione. Aun dado el caso de que llegáramos á ampararnos de Bilbao, cosa bastante problemática careciendo de artillería, ¿no es verdad que necesitaríamos dedicarnos todos los Batallones organizados hoy á su defensa? ¿No sería locura suponer que el enemigo nos dejara en pacífica posesión de la Villa? Dicen que nuestro reconocimiento como beligerantes, por las naciones extranjeras, depende de la toma de Bilbao. Pero aun suponiendo más, suponiendo que los ocho batallones vizcaínos bastaran para resistir las acometidas del ejército liberal, ¿cómo es posible que el resto de nuestras fuerzas fuera bastante para contener á los contrarios, y avanzar al interior de España, que debe ser nuestro primero y principal objetivo? Tan errados vamos nosotros en esto, como nuestros contrarios en sus acometidas contra Estella. Prescindiendo del efecto moral que pudiera producir la toma de nuestra Capital carlista, ¿no se hallarían en iguales condiciones para sostenerla, que nosotros con la posesión de Bilbao? ¿No podríamos dejarlos en su pacífica posesión y cruzar el Ebro? Al pensar nosotros en esta empresa, no olvidemos, y quiera Dios no olvi-

den nuestros Jefes, que tiene que preceder la inutilización definitiva de la línea férrea de Santander, pues que por ella nos ha de venir la muerte. Si no bastan tres Batallones, todos en masa debemos acudir á romper, no temporal sino para siempre, la vía férrea. Y si no lo hacemos, el enemigo no tendrá que discurrir mucho para fortificarla y arrojar sobre nosotros sus 50 ó 60 Batallones, con dotación sobrada de cañones y proyectiles para aniquilarnos.

«Los liberales, no disponiendo ahora de Portugalete como base de operaciones, se nos entrarán por Algorta ó Somorrostro, quizás avancen otras columnas por Valmaseda ó Durango, y entonces ¿no tendremos que dividirnos y levantar el sitio para evitar nos envuelvan y destruyan?» Tales eran las razones que oponía el malogrado General carlista al asedio de Bilbao. Pero no hemos querido ocuparnos en éste, sin antes referir el modo de pensar que aquel y muchos carlistas tenían sobre la operación acordada.

Sólo incidentalmente nos ocuparemos en las jornadas libradas en los campos de Somorrostro (de las que con el favor de Dios hablaremos en otra ocasión), limitándonos por ahora á referir como mejor nos sea dable el sitio de la invicta Villa en 1874.

Y como nos ocuparía mucho espacio la narración detallada de la topografía del país, que por otra parte puede estudiarse en la vista panorámica que acompaña á estos apuntes, y carecemos de datos para ilustrar la opinión, pasaremos por alto la situación de la Villa, el cerramiento de su ría desde Enero en que los carlistas se ampararon de Portugalete y las demás operaciones preliminares, que con su incansable actividad había realizado el bueno de don Cástor Andéchaga, alma del ataque y del empeño sobre Bilbao.

Cuando se rompió el fuego sobre la plaza, en 21 de Febrero, la situación de ambas fuerzas beligerantes y sus defensas eran las siguientes (1):

Las fuerzas liberales que defendían la plaza se componían de dos Batallones del Regimiento del Rey, con 1277 hombres; del de Cazadores de Alba de Tormes con 555, del nutrido de Forales (648) y del auxiliar 600, de dos piezas de Montaña y de unas 35 á 40 de grueso calibre, distribuidas en las bien combinadas defensas de la

plaza, sumando un efectivo de 3,700 hombres, sin contar Guardia Civil, Carabineros y fuerzas sueltas.

Mandaba en aquélla el General D. Ignacio del Castillo, procedente del ilustrado Cuerpo de Ingenieros, y, por tanto, era de presumir que se multiplicaran y completaran perfectamente sus defensas. Amparaban á la Villa, desde hacia tiempo, los fuertes del Morro y Miravilla, dotados con cañones rayados de bronce de 12 y 16 centímetros, y se construyeron los de Mallona y San Agustín, de Solocoeche, de la Cárcel, del Choritoque, del Diente, etc.

Veamos ahora las fuerzas y bocas de fuego con que contaban los carlistas.

Rodeando la plaza se encontraban los batallones de Guernica, Durango, Marquina, Munguía y Bilbao, que respectivamente mandaban D. León Iriarte, el Barón de Sangarrén, Sarasola, Gorordo y Fontecha, pues los de Arratia, Orduña y las Encaraciones fueron destinados á cubrir la línea de Somorrostro, bajo las órdenes del brigadier Andéchaga. Munguía y Guernica cubrían la izquierda del Nervión y los otros dos la derecha. El de Bilbao se acuarteló en el convento de Santa Mónica, cubriendo los alrededores de Begoña.

Antes de formalizar el sitio se reconocieron los emplazamientos de las futuras baterías, por cierto que en uno de ellos fué herido en un brazo el Comandante carlista García Gutiérrez, que tanto se distinguió en Portugalete, por un casco de una granada que dispararon desde el Morro. También se hicieron trincheras y caminos cubiertos por la infantería.

Como quiera que los carlistas carecían de bocas de fuego, pues los dos únicos cañones de bronce de 12 centímetros lisos los tenía á sus órdenes el brigadier Patero en Algorta, hubieron de desenterrarse algunos de hierro de 12 y 13 centímetros, lisos también, que habían servido en los muelles para amarrar los cables de los barcos. En atención á la falta de este elemento indispensable para sitiar plazas, se decidió en consejo de Guerra presidido por el R. (1), que tanto por este motivo, como por la consideración de que Bilbao se entregaría al recibir las primeras bombas, á causa de verse interrumpido su tráfico con el extranjero, decidió, decimos, que los morteros fuesen el elemento principal del ataque.

(1) Véase el diario del sitio por un bilbaíno anónimo y la Narración de la Guerra por el E. M.

(1) A este consejo asistieron los Generales Valde-Espina, Planas y Benavides y Brigadieres Maestre é Iparraguirre.

Bajo la dirección, pues, de los batallones se construyeron Baterías de morteros en diferentes puntos de la cordillera de Archanda, á 400 metros de la Plaza, en los llamados Casamonte, Pichón, Santo Domingo y Quintana, encargándose de su mando el Comandante D. Rodrigo Vélez.

De las de cañones, que eran dos, una delante de Santa Mónica y otra en Artagán, que batían en brecha á Begoña á cortísima distancia (150 metros), se encargó un Teniente, y, aun sin haber roto el fuego, el autor de estos apuntes, á quien se hizo acudir precipitadamente de Somorrostro, á causa de haber sido herido gravemente aquél al apuntar un cañón contra Begoña. Después se construyeron otras dos Baterías más en la Cadena Vieja y Ollargán, de que hablaremos más adelante.

El mando en Jefe de las fuerzas sitiadoras, fué conferido al Marqués de Valde-Espina, así como el de toda la artillería de sitio al Comandante General Maestre. El primero estableció su Cuartel General en Olaveaga y el segundo en Azúa, próximo al Parque de campaña, sin desdeñar por eso el acudir con frecuencia al Desierto, donde se hallaba la fundición de proyectiles, Santa Mónica ó Artagán para animar á sus subordinados y tomar parte en sus fatigas y trabajos y cuidar de que el aprovisionamiento de las baterías no sufriera interrupción alguna.

El primer punto de ataque de los carlistas, ó sea su línea más avanzada, era en los alrededores de Begoña, en cuyo santuario se albergaba el batallón de Forales, templo aquél fortísimo, al que el enemigo había cubierto de blindajes sus huecos y dominando por su situación una gran parte del campo sitiador. La elección fué muy acertada, porque desde su torre, donde se situaron los mejores tiradores del Batallón, hacían muy arriesgado el paso de los carlistas, aun desde las trincheras á sus alojamientos. Los carlistas, por tanto, blindaron sus baterías de Santa Mónica y Artagán, y aun así, ya hemos dicho que hallándose haciendo la puntería el oficial de Artillería, fué atravesada su mandíbula por un balazo, cuyo proyectil mató al artillero que con la palanca le ayudaba á apuntar.

A pesar de todo su resguardo, la batería de Santa Mónica tenía que desenfilarse de los tiros de revés del Morro y de los de frente de Mallona y Miravilla. La de Artagán, revestida de sacos á tierra, estaba también dominada de frente por los dos

últimos fuertes, y de flanco por los de San Agustín y Mallona á cortísima distancia.

Tal era el estado de las operaciones el 19 de Febrero.

ANTONIO BREA

LA SEO DE URGEL

SU CONQUISTA



A Seo de Urgel, asentada á la derecha del Segre en los confines de España y Andorra, era en 1874 una plaza fuerte de segundo orden pero bien artillada y guarnecida suficientemente para evitar un golpe de mano. Los carlistas, que tantos pueblos habían tomado

por asalto, aunque deseaban extraordinariamente apoderarse de ella, no se habían atrevido á atacarla, porque no era lo mismo asaltar una tapia y unas cuantas barricadas en Vich ó Igualada, que tomar á viva fuerza una ciudadela artillada con docenas de cañones. Para tomar la Seo era preciso, ó un sitio en regla, para el cual no tenían elementos los carlistas, ó la entrega por venta de la plaza, para lo que no contaban con recursos, ó por fin, un plan atrevidísimo y una audacia inmensa.

Un entusiasta defensor de la causa, que conocía á palmos el terreno y que hacía tiempo meditaba el medio de apoderarse de la Seo, proporcionó el plan de ataque á los carlistas, y Dios les dió tanta audacia y buena suerte para llevarlo á cabo, que la Seo de Urgel fué tomada no menos notablemente que Morella lo fué en la otra guerra.

El autor del plan, cuando lo tuvo bien pensado, se lo comunicó á D. Francisco Tristany, diciéndole: «Ahí tiene V. el medio de opoderarse de la Seo de Urgel el 16 de Agosto á mediodía, con 200 hombres solamente y sin disparar un tiro.» Examinó Tristany el plan, y tal conocimiento había en él de la localidad y tan bien pensado estaba, que lo aceptó en seguida.

La ciudad de la Seo, situada en un llano, tiene tres fuertes exteriores en los montes vecinos. El mayor de ellos es una ciudadela en regla que domina á los otros. En el plan se proponía lo primero tomar la ciudadela, contando para lograrlo con que á pocos pasos de ella había un fortín, llamado la Lengua de Sierpe, que estaba ruinoso y abandonado. «En metiendo en ese fuerte,—decía el plan,—200 hombres sin que nadie los vea, la ciudadela es de Carlos VII.» Difícil era conducirlos hasta allí y colocarlos, á cien pasos de los enemigos, sin que los vieran ni oyeran, pero aun estando dentro del fortín ¿cómo habían de asaltar la ciudadela separada de él cincuenta metros?

El autor del plan resolvía todas las dificultades, diciendo: «Para que los 200 hombres lleguen á la Lengua de Sierpe, sin ser vistos, es preciso que marchen y contramarchen antes, á fin de que nadie sospeche á donde se encaminan; que los conduzcan buenos guías, para que no pasen por ningún pueblo, y que lleguen al fuerte abandonado, precisamente á media noche, cuando más dormidos estén los habitantes de Monferré y los soldados de la ciudadela entre quienes han de situarse.» Una vez dentro tenían los carlistas otra dificultad, la de pasar doce horas escondidos sin moverse ni hacer el menor ruido para esperar á que llegase la tarde del día 16 de Agosto, en que debía darse el asalto.

El autor del plan fijaba como circunstancia precisa la tarde del 16 de Agosto, porque sabía que en ella el pueblo de Castellciudad, inmediato á la ciudadela, pero al otro lado del que debía asaltarse, celebra la fiesta de la Asunción de la Virgen. Era costumbre tradicional dejar á la mitad de la guarnición de la ciudadela, después de la lista de medio día, bajar al pueblo para participar de la fiesta, y como Castellciudad está al lado opuesto de la Lengua de Sierpe, no quedaba frente á ésta más que un centinela paseando por la muralla designada para el asalto. Con dos hombres resueltos que saliesen del escondite donde estaban los 200, y aprovechando los momentos en que el centinela estuviese de espaldas, plantasen una escala de antemano preparada, subiesen por ella y cogiesen al centinela, estaba asegurada la subida de los demás. Dentro ya los carlistas de la plaza de armas no tenían más que rendir á la escasa guarnición que quedaba en la ciudadela, apoderarse de los cañones, asestarlos contra la ciudad y el castillo y bombardearlos si resistían.

El plan era de difícil ejecución, porque dentro de la Lengua de Sierpe, en las doce horas que habían de estar ocultos, podían los carlistas antes de intentar el asalto ser descubiertos y presos; porque en el momento de acercarse á la muralla podían ser vistos por el centinela, y porque aun estando dentro de la ciudadela podían tropezar con circunstancias que lo echaran todo á perder. D. Francisco Tristany no se arredró por las dificultades, aceptó el plan y llamó á los jefes de sus fuerzas para proponérsele.

El comandante García, natural de Estremadura, se comprometió á llevarlo á cabo y escogió los 200 hombres que le parecieron mejores, mandados por oficiales valerosísimos, entre los que iban el teniente Colell y el alférez Espar, jóvenes ambos que por ser del país y conocer perfectamente la Seo y sus fuertes podían prestar importantísimos servicios.

Salió García con 200 hombres de Solsona, el 13, y marchando y contramarchando y ocultándose de noche en los bosques, entró en la noche del 15 sin ser visto en el abandonado fuerte. Allí, á cien pasos de los soldados republicanos, estuvieron los carlistas ocultos trece mortales horas, temiendo á cada instante ser descubiertos. Por un momento creyéronse perdidos, porque un perro al pasar con unos soldados enemigos

por delante de la puerta del vetusto edificio que les servía de escondite, se puso á ladrar con furia, mas los republicanos no hicieron caso del aviso del animal y siguieron su camino.

Llegó, por fin, la una de la tarde, hora designada para el asalto. Hacía un sol abrasador; en la plaza de armas de la ciudadela no había nadie y el centinela de la muralla se paseaba descuidado, cuando Espar y Colell, aprovechando un momento, salieron á la carrera de su escondite, plantaron la escala que llevaban, y subiéndola en un segundo entraron por una tronera en la ciudadela.

El centinela los vió cuando le cogieron; ya era tar-



de. Otro centinela, que estaba en el Macho, también los vió cuando estaban dentro, y, poseído de un pánico terrible, en vez de gritar ó hacer fuego se tiró de donde estaba para escapar antes.

La entrada quedó así libre, pero era necesario acabar la empresa rindiendo la guarnición que estaba recogida en el cuartel del Macho. El alférez Espar fué directamente á la puerta del cuartel, y, apareciendo como por encanto ante los asombrados republicanos y apuntándoles con un arma, les intimó la rendición.



Entre tanto, García y los demás soldados subían por la escala, entraban en la ciudadela y marchaban á las puertas de los cuarteles y pabellones. Sorprendidos así los republicanos en medio del día ni siquiera intentaron resistir; de modo que á los diez minutos la

ciudadela estaba en poder de Carlos VII. Dos soldados republicanos tuvieron tiempo para descolgarse por la muralla y bajar á advertir á los de Castellciudad y el castillo lo que ocurría. En la ciudad estaba el brigadier, gobernador militar, con parte del batallón de Ecija, y en el castillo el resto de la fuerza, cuando fueron á avisarles lo que pasaba. El gobernador militar, sin creer del todo la noticia, se dirigió al castillo á tiempo que un cañonazo dirigido contra éste, desde la ciudadela, le confirmó en su desdicha.

García en cuanto se apoderó de la ciudadela encerró á los prisioneros, distribuyó su gente y mandó á unos cuantos artilleros enemigos, de los que acababa de coger, que cargasen las piezas que enfilaban al castillo é hiciesen fuego. Aunque de uno á otro fuerte no hay 400 metros, los dos primeros cañonazos ni siquiera tocaron al castillo. García amenazó con la muerte á los artilleros si no apuntaban bien, y entonces uno de ellos se presentó gritando: «también yo soy carlista;



venga un cañón, que yo acertaré.» En efecto, apuntó y al tercer disparo destrozó la puerta del castillo.

Los republicanos que le guarnecían, viéndose dominados por la ciudadela, con cuya artillería no podían competir, le abandonaron y bajaron á la ciudad á unirse al resto de las fuerzas. Reinaba entre éstas tal espanto y confusión, que no sabían que hacerse. Inspiradas por la rabia y la venganza, cogieron en la ciudad á los canónigos, sacerdotes y personas tachadas de carlistas y las encerraron en la Catedral, como para exigir la devolución de la ciudadela.

La noche hízoles variar de consejo; y en vez de re-



sistirse, pensaron que era mejor abandonar la ciudad. El gobernador militar, con las fuerzas de Ecija y artillería, tomó el camino de Puigcerdá; los voluntarios republicanos, en número de 300, prefirieron seguir el camino que conduce á la vecina república de Andorra, y lo acertaron.

D. Francisco Tristany con el resto de su brigada, había venido á ver si García lograba su intento, y sabiendo por los cañonazos que lo había conseguido, bajó á cortar al enemigo la retirada á Puigcerdá. Tropezó con los nuestros el batallón de Ecija, y á la primera descarga que le hicieron, viéndose perdido, rindióse á discreción. D. Francisco Tristany entró victorioso en la ciudad con los prisioneros, unióse á García y los suyos, y la Seo de Urgel con sus tres fuertes y sus 50 cañones, el batallón de Ecija y los artilleros, pasó á poder de Carlos VII.

F. H.

RECUERDOS MILITARES

LOS FUSILAMIENTOS DEL ARAHAL

(Conclusión)

A las dos y media en punto, salí del cuartel con mi Batallón, en dirección á la Plaza de Armas. El día era como de Julio, caliginoso, si bien algo entoldado el sol por algunos celajes que impedían que sus rayos alumbraran la escena que todos preveíamos. Durante el trayecto, no interrumpía el silencio abrumador de las tres de la tarde en Andalucía, más que el acompasado paso de la tropa. Las puertas y ventanas permanecían cerradas ó entornadas; acaso muda protesta al derramamiento de sangre que iba á tener lugar. Y eso que más bien se trataba de crímenes vulgares que de excesos políticos, los que se iban á castigar. No creemos que ningún partido honrado, que todos lo son en esta hidalga tierra de España, cobijara á semejantes malvados; pero es el caso que eran muchos los que iban á morir (1), que la calma y el calor eran sofocantes y que todo el mundo preveía la hecatombe que iba á venir después. Es seguro que en el fondo de sus conciencias, los habitantes de Sevilla hubieran condenado á todos sin vacilar, pero ellos y yo también nos lamentábamos de tener que presenciar un día tan de luto como aquel. El deber militar me obligaba á permanecer tranquilo en mi puesto, pero puedo afirmar que mi impresión era entonces mucho más profunda que el primer día que entré en fuego en la Campaña de Africa.

Bajo estos tristes pensamientos llegamos á la Plaza de Armas. Silenciosamente ocupamos nuestros pues-

(1) A propósito del considerable número de sentenciados y de los que años adelante hubo que fusilar en Valencia con motivo del levantamiento federal, se nos ha contado un episodio que revela los dotes de mando y de firmeza del General Lasala. «Hallábase éste de cuartel en la hermosa capital teatro la víspera de encarnizados combates; las cárceles no podían contener el número de prisioneros hechos por la tropa. El General paseaba con un antiguo Ayudante suyo, por enmedio de las, aun no deshechas, barricadas, y lamentándose el último al prever las muertes que se preparaban, suspendió su paseo el General y encarándose con su interlocutor le hubo de preguntar:—¿Si hubiera habido un solo culpable, que hubiera V. hecho?—El Ayudante contestó:—Lo hubiera fusilado, pues su crimen no merecía menor pena, pero como hoy son tantos!...—Y ¿para qué son tantos?—replicó malhumorado el General, volviéndole la espalda.» Estas frases solas revelan un carácter.

tos; la infantería cubrió los otros dos flancos, y la caballería y artillería montada formaron detrás de nosotros. El vuelo de una mosca podía entonces oírse distintamente de un lado á otro del cuadro fatal. En esto dieron las tres, y un rumor confuso se oyó hacia el ángulo recto que mi Batallón formaba con la infantería. Demás estará advertir, que el pueblo, concurrente obligado á esta clase de espectáculos, era tan escaso aquel día, que apenas llegaría á dos docenas de personas. El rumor se iba acercando, y, por fin, el ángulo se abrió dando paso á los condenados á muerte. Entre dos filas de la guardia civil marchaban de dos en dos, las manos atadas á la espalda, en mangas de camisa, á excepción del jefe, que vestía levita, y todos auxiliados física y moralmente por los Ministros de la Religión. Y decimos que físicamente también, porque aquellos hombres no estaban ya en este mundo, tan vacilantes eran sus pasos, tan extraviadas sus miradas. Oíanse distintamente las exhortaciones religiosas; acercábanles sus crucifijos los sacerdotes y al llegar á cinco ó seis pasos de la tapia, desplegaron en línea, y don Juan Caro quedó á mi lado, tan cerca, que no se me podían ocultar sus más insignificantes movimientos. La muerte debían sufrirla de espaldas y sentados.

Acercáronseles sillas, tomaron asiento todos y detrás de cada pareja de condenados, se colocaron silenciosamente y muy cerca, ocho soldados con las armas preparadas, y dispuestos á hacer fuego, cuando el Mayor de Plaza agitara en sus manos el pañuelo fatal, según dispone la ordenanza. En aquellos precisos momentos, todos vimos asomar por lo alto de la tapia, á la que daban frente los que pronto dejarían de ser, una cabeza de hombre paseando de un lado á otro sus curiosas miradas: era el asistente de uno de los oficiales de la guarnición que deseaba presenciar el espectáculo. Todos le vimos, todos hubiéramos querido hacer lenguas de nuestros ojos, pero la inmovilidad militar nos impedía advertirle que se retirara.

El Mayor de Plaza agitó en el aire su pañuelo: oyóse un fuego prolongado y un grito de angustia suprema, y á los pocos instantes, cuando el humo de la pólvora se desvaneció en el horizonte, pudimos darnos cuenta de que la hecatombe estaba consumada. A mi lado yacía inmóvil el jefe de la banda: los disparos del pelotón que acabó con él fueron certeros; no así los dirigidos sobre algunas parejas del centro. La justicia de los hombres no estaba cumplida más que á medias, pues seis ú ocho de aquellos infelices no conservaban inmovilidad absoluta y algunos aun se quejaban. Entonces presenciábamos un epílogo horrible, necesario, sin embargo, para abreviar sus tormentos. Los soldados volvieron á avanzar, disparando sobre todos los que conservaban todavía un resto de vida. A los pocos minutos, Dios tuvo piedad de ellos: habían dejado de padecer para siempre.

Las tropas desfilaron silenciosamente por delante de la línea de cadáveres, pero éstos habían sido 28 y no 27; el asistente, que pocos momentos antes vimos asomar su curiosa cabeza por encima de la tapia, había muerto también. ¡Fatal y malaventurada curiosidad! Cuando los trabajadores de la fábrica regresaron á su morada, encontraron cadáver al asistente.

Del hecho han pasado treinta y dos años, y aun resuenan en nuestros oídos las prolongadas descargas de aquella tarde fatal.

UN MILITAR CARLISTA

NUESTROS GRABADOS

Episodio de la guerra carlista en Cataluña

(lámina suelta)

No creemos sea conocido en España el cuadro del pintor extranjero Sr. Kossak.

La imaginación del artista ha sabido presentar á la valerosa Princesa en el momento de animar á los voluntarios al combate, y resulta de efecto admirable el grupo en que aparece en primer término la heroína de nuestra guerra en Cataluña, la Serenísima Sra. Doña María de las Nieves.

Senadores y Diputados carlistas en la legislatura de 1871

(lámina suelta)

¡Triste es tenerlo que consignar! Varios de los que figuran en el cuadro de referencia, cansados unos de vivir en constante oposición, y deseosos otros de vengar soñados agravios ó desdenes imaginarios, desertaron de nuestras filas y prestáronse á defender la bandera misma contra la cual combatieron largos años.

La deslealtad de unos pocos no debía ser óbice á honrar á aquellos que, manteniéndose fieles á sus principios, ocupan el lugar que siempre ocuparon; contrasta así la inconstancia con la consecuencia; la traición con la lealtad; la avilantez del egoísta con el sacrificio del mártir.

Delito grave es el de desertión, mas lo atenúa, si cabe atenuar delito de tal naturaleza, la circunstancia de haberse á sí solos deshonrado los que se fueron al enemigo campo á gozar las delicias del presupuesto; mas si el desertor pretendió arrastrar consigo á aquellos á quienes subyugara un día, y cediendo á la soberbia y á la ambición, trata de prevalerse de su anterior prestigio para derruir el edificio que él ayudara á edificar, en caso tal la desertión no merece ya otro calificativo que el de traición alevosa, y no debieran otorgarse al traidor los honores á que renunció desde el momento en que soñó con derrumbar el legítimo poder contra el cual se estrellaron y se estrellarán siempre las fuerzas aunadas de los poderes ilegítimos y de las traiciones más hábiles y mejor preparadas.

Si en el cuadro que reproducimos en el presente número encuentran nuestros lectores algún personaje cuya semblanza haga *pendant* con la que acabamos de apuntar en esbozo, considérenlo como eliminado y cual si por sobre su retrato hubiésemos corrido el negro é ignominioso lienzo que para eterno baldón de un Dux traidor á la República veneciana, Mariano Faliero, se ve aún hoy en el espacio que debía ocupar su retrato al lado de los de sus compañeros que guardaron fidelidad á las leyes del Estado.

El Archiduque de Austria Leopoldo Salvador

(pág. 65)

Próxima la fecha en que se unirá en lazo indisoluble con la angelical y encantadora Infanta Doña Blanca de Borbón, hemos juzgado oportuna la publicación del retrato del joven Archiduque que en breve entrará á formar parte de la familia del Sr. Duque de Madrid.

Plano de la Costa Cantábrica

(pág. 68)

En él se pueden ver las posiciones que ocupaban los carlistas para defenderse de la Escuadra liberal.

Voluntarios carlistas vizcaínos

(pág. 69)

Copia á la pluma del aventajado dibujante Sr. Urgellés y que da cabal idea del voluntario que tan bien supo luchar por los fueros del M. N. y M. L. Señorío.

Vista panorámica de Bilbao

(págs. 72-73)

La Capital de Vizcaya fielmente y con admirable precisión ha sido copiada de una fotografía hecha durante el sitio de 1874, que da á conocer el emplazamiento de las Baterías carlistas y de las liberales durante el expresado sitio.

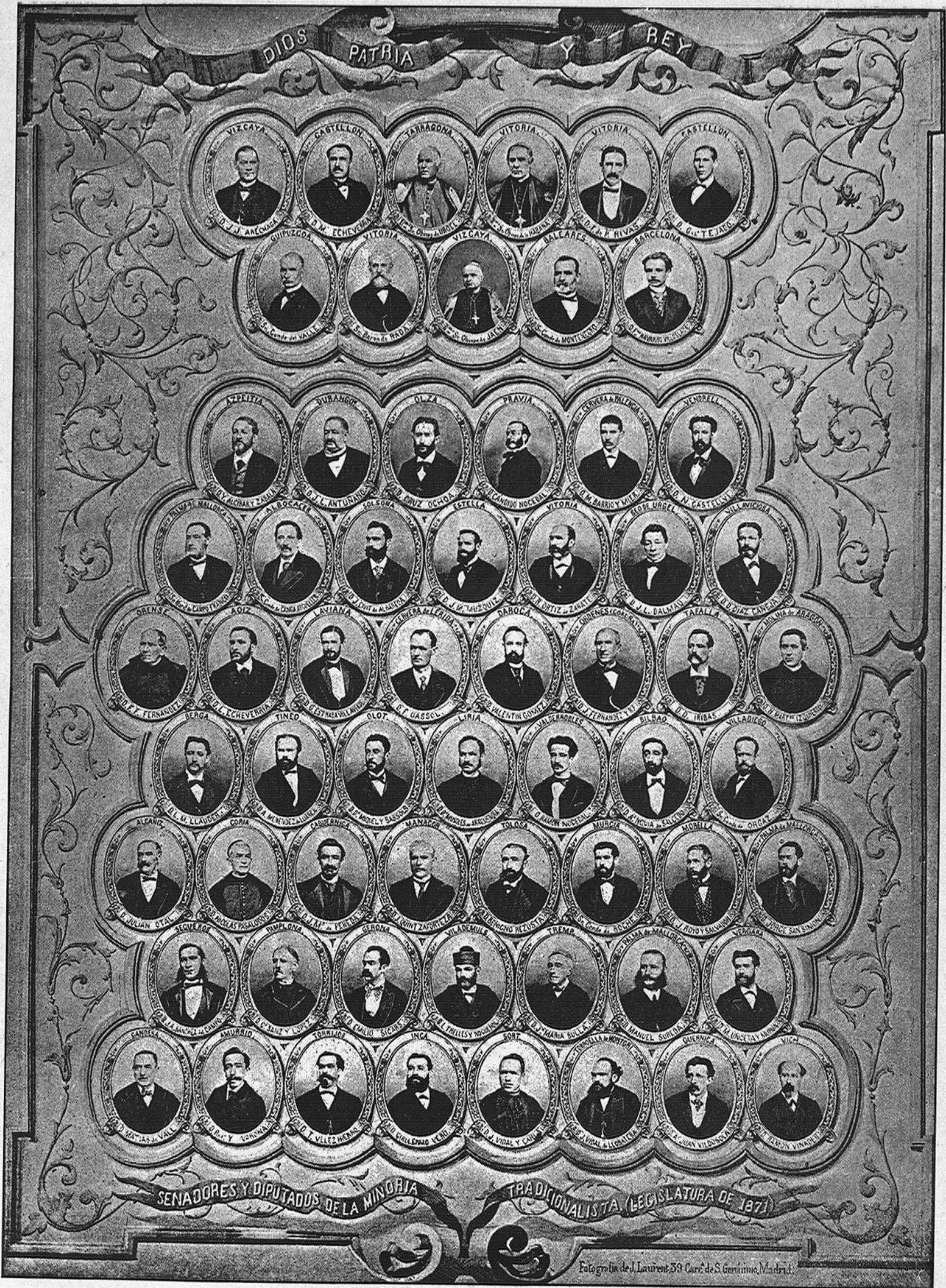
La Seo de Urgel

(págs. 77-78-79)

Las cinco viñetas que ilustran uno de los episodios más gloriosos de nuestra última campaña, representan el modo como un puñado de valientes se apoderó de una de las más importantes plazas de Cataluña.

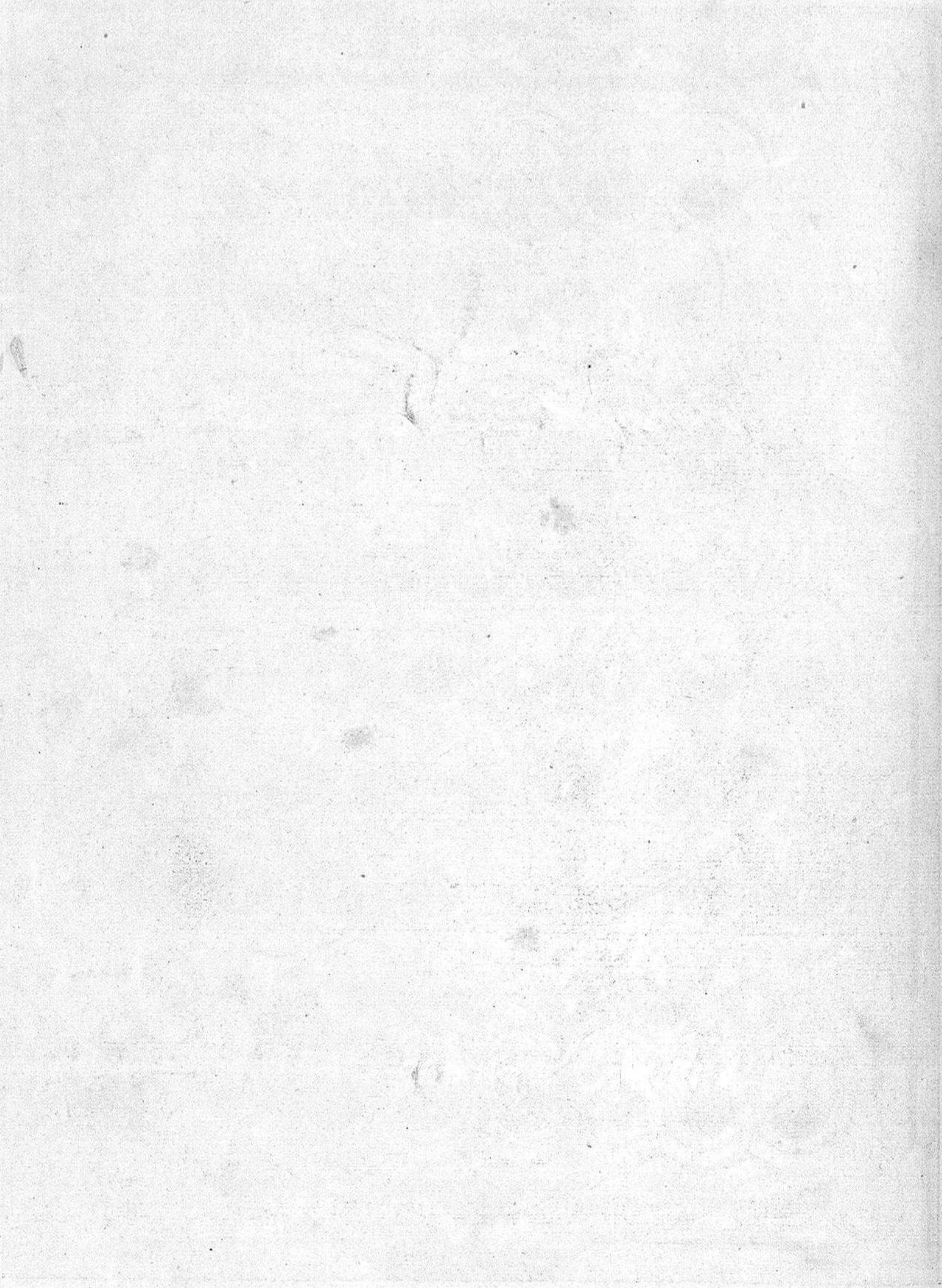
Barcelona: Imprenta de Fidel Giró, Cortes, 212 bis.

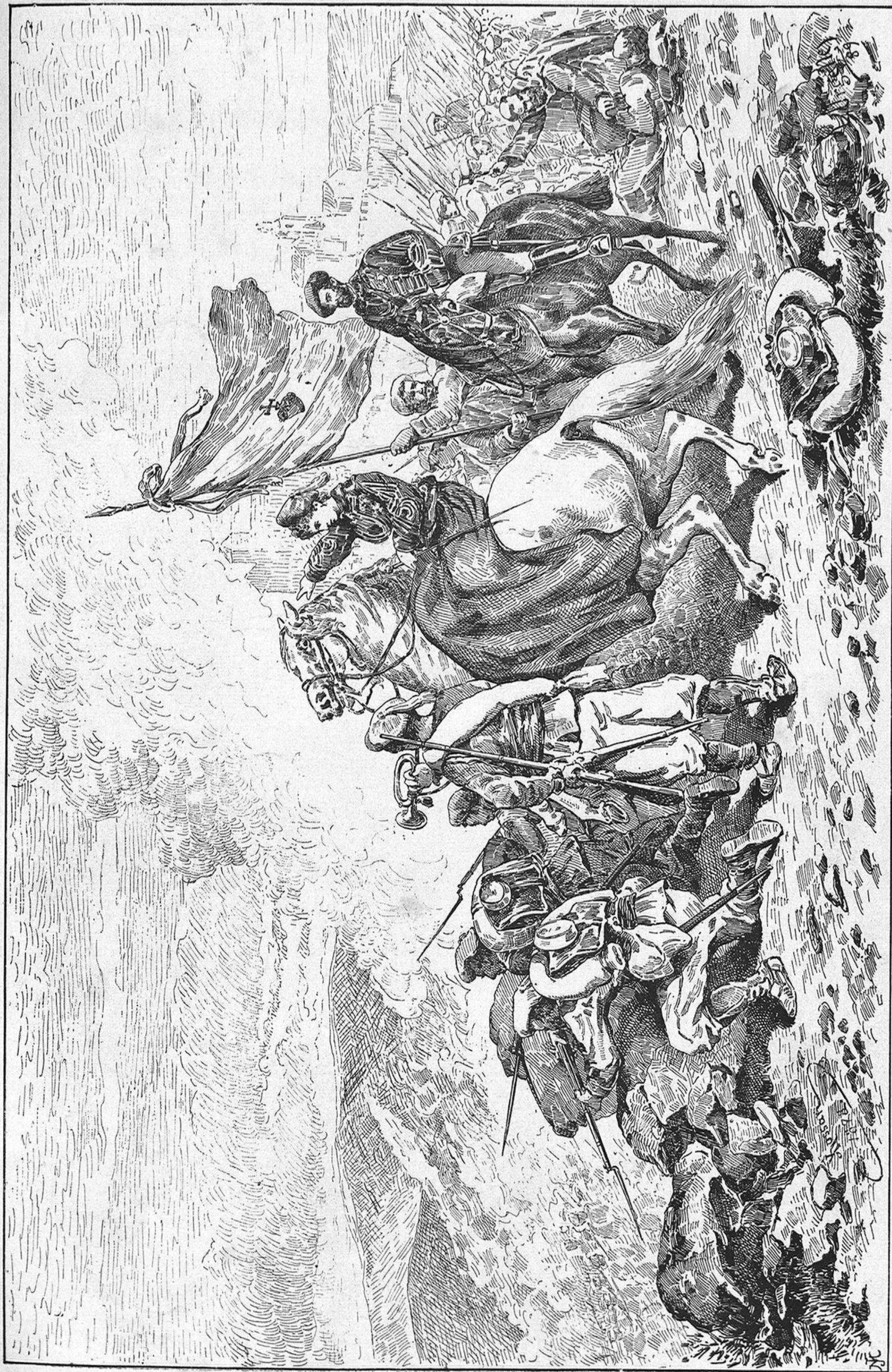
EL ESTANDARTE REAL



CORTES DE 1871. — MINORIA CARLISTA

Fotografía de J. Laurent 59 Carr. de S. Gerónimo, Madrid.





EPISODIO DE LA GUERRA CARLISTA EN CATALUÑA.—CUADRO AL OLEO POR KOSAK

II

II